

Centroamérica ante los viajeros del siglo XIX

Un viaje por Guatemala (primera parte)

-- Gustav August Eisen

Un viaje a vapor desde San Francisco hacia el sur es casi siempre altamente placentero. Los fuertes vientos, que a menudo son un tormento para los habitantes de San Francisco en verano y en invierno, desaparecen a medida que uno se aleja en dirección al sur. En efecto, exactamente después del primer día de viaje, se siente un notable cambio. El mar se torna totalmente tranquilo, comenzando a hacerle honor a su nombre: "Océano Pacífico".

Si en cambio nos dirigimos hacia el norte, la experiencia será diferente: marejadas, vientos, nieblas y otras viscosidades nos acompañarán por el rumbo norte hacia Oregón. Y supongo que viajando más al norte ha de tomarse el tiempo como viene sin protestas ni resistencias. Quien ha sentido el placer de viajar al sur, renueva con agrado lo conocido y desea alejarse aún más en esa dirección. Así me sucede a mí. Siempre he tenido ganas de viajar al sur, y ahora se dejó entrever la posibilidad, así es que empaqué de prisa mis maletines, compré un paraguas, cartuchos de escopeta, un revólver, un block de dibujo y una hamaca y estuve listo para un viaje a los trópicos.

El 4 de enero de 1882 todo estaba en orden, hasta el vapor, lo cual es algo fuera de lo común en la costa del Pacífico. En una media hora dimos una vuelta alrededor de San Francisco y nos acercamos al Golden Gate y a los empinados y agrestes acantilados, que están como separados a ambos lados de la entrada del puerto.

Ya no teníamos que mirar. Ni aun las peñas con sus cientos de focas

Gustav August Eisen, destacado biólogo, geólogo y arqueólogo sueco (1847-1940) naturalizado estadounidense, visitó Guatemala en varias oportunidades, siendo la primera de ellas en 1882, año en que recorrió el centro y nororiente del país, como lo demuestra el presente relato de viaje publicado originalmente en los números 6 (1886) y 7 (1887) de la revista sueca *Ymer* con el título "En resa i Guatemala" ("Un viaje por Guatemala"). En 1902 se encontraba el doctor Eisen en Guatemala cuando ocurrió el terremoto del 18 de abril e hizo erupción el volcán de Santa María, el 24 de octubre. Ambas experiencias y su valioso trabajo científico efectuado ese año en Guatemala los resume en su artículo "Notes During a Journey in Guatemala, March to December 1902", publicado en *Bulletin of the American Geographical Society* 35 (3).

El presente relato fue traducido del sueco por Athos Barés. Esta es la primera de una serie de tres partes que aparecerán en *Mesoamérica* a partir del presente número.

(*Otaria ursina*) nos ofrecían novedad alguna, los faros y los acantilados se perdieron de vista rápidamente a nuestras espaldas.

En los primeros días el tiempo fue ventoso y desagradable y el barco se alejó mucho de la costa. En todo este tiempo no hemos cruzado ninguna otra embarcación, ni pájaros ni ballenas, nada de nada. Las únicas distracciones a bordo eran sumergirse en alguna lectura y la hora de la cena, que en el mar es como encontrarse en un oasis en medio del desierto. A lo largo de la costa de California hay constantes amenazas de tormentas y sólo de vez en cuando se ve el Pacífico sin bruma, tranquilo y el viento es tan frío como penetrante. Pero, como he dicho anteriormente, a medida que avancemos hacia el sur, el aire se pondrá más suave y el mar más calmo.

El vapor se aproxima a la costa y una hermosa mañana nos despertamos en las afueras de la Baja California. Para los californianos, esta costa no es nada más que la continuación de la cadena de montañas costeras de California. Abismos profundos, altos cerros redondeados que terminan abruptamente en el mar. De vez en cuando una saliente, un acantilado y un istmo desolado, frecuente guarida de silenciosas aves marinas y de las focas. A veces navegamos todo el día tan cerca de la costa que con prismáticos se pueden observar los montes cubiertos de cactus como un conjunto gris e impenetrable, a los cuales he tenido el agrado de subir en reiteradas ocasiones. A veces se ven profundos abismos por los que otrora corría, o tal vez corre, algún arroyo o riachuelo cada uno o tres años. En estos valles la humedad es muy escasa y hasta hace algún tiempo se podían ver algunos árboles y arbustos, probablemente el "mezquite" (acacia), que es el nombre que los mexicanos dan a un arbusto bajo que pertenece a la familia de las hierbas y que también se encuentra en Colorado y en el desierto de Gila, así como también en otras regiones secas. Sin duda, estos parajes en el pasado deben haber sido lluviosos, y la tierra tendría una imagen diferente; lo que habla a las claras de ello son los profundos y recortados valles y las redondeadas montañas que parecen tapar la tierra por todas partes.

Como es sabido, a medida que nos acercamos al extremo meridional de la península de California, más numerosas se vuelven las dunas de arena a lo largo de la playa y más ancha la distancia entre la playa y las montañas. El cabo San Lucas es un conglomerado de prolijas pendientes de peculiares formas inclinadas hacia el mar, semejantes a las que se observan alrededor de Santa Catalina o del Golden Gate.

Después de haber perdido de vista el cabo, no encontramos ninguna novedad hasta que nos acercamos a la costa mexicana, desde donde nos dirigimos directamente a Mazatlán. Una gran cantidad de acantilados azul grisáceos y blancos componen la entrada a la ciudad en un inseguro y difícil

puerto, si es que así se lo puede denominar. Dentro de esos acantilados estaba emplazada la ciudad en una lengua de tierra baja y saliente, detrás de la cual se ve una planicie arbolada y al fondo una considerable cadena de montañas. La ciudad en sí está hermosamente situada, como si fuera un anfiteatro, y ofrece una vista prometedora con sus casitas blancas y amarillas. Largos y bajos muros se entrecruzan cercandando jardines y patios adornados por conjuntos de palmeras que parecen hermosas coronas de plumas dibujadas contra el cielo. Una cantidad de botes de nativos se acercan hacia el barco y lo rodean rápidamente, al parecer gran parte de la población conoce el arte de navegar a remo. La mayoría eran jóvenes de cabello lacio y negro hermosamente vestidos. Una corta visita a tierra me confirmó la impresión que tuviera desde la cubierta del barco. Encontré la pequeña ciudad realmente agradable y aprecié el gusto de la gente por los jardines y flores.

Varios días después por la mañana temprano, arribamos al puerto de Acapulco, que tiene una forma casi circular y está rodeado de altos picos. Aquí, como en otros lugares a lo largo de la costa, el vapor no se acerca a tierra porque todo es playa de bajo calado y no hay muelles. Se debe desembarcar en pequeños botes para llegar a tierra. Los mexicanos, de pantalones blancos y torso desnudo, nos rodeaban y se ofrecían para remar en sus botes y acercarnos a la costa. El sol aún no se había alzado, pero el resplandor iluminaba el cielo como un espejo con marco de bosque tropical. En el agua se movían los peces a poca distancia. Pintadas con franjas rojas y azules, medusas semitransparentes subían y bajaban como globos livianos. Tras la playa se encuentra la pequeña ciudad, que como Mazatlán está pintada de rojo, azul y amarillo mechada de palmeras y bananos. Era un verdadero cuadro tropical de dibujos y colores tropicales, todo transparente y tranquilo. En tierra había poca vida, poco movimiento. En la plaza estaba reunida una muchedumbre de campesinos, indígenas morenos y casi desnudos, que charlaban y gesticulaban entre ellos; el comercio parecía ser sólo un pretexto. Uno de los nativos tenía un puñado de tomates; otro, algunos pescados y un tercero una cantidad de verduras para la venta. A eso hay que agregar frijoles, maíz, calamares secos y tortillas, pero nosotros ya estábamos provistos de todo lo que el mercado ofrecía. Todas estas delicias se veían expuestas directamente sobre el piso, o en el mejor de los casos, sobre un sucio mantel, el que en un país civilizado apenas se consideraría un trapo. Entre la mercadería jugaban algunos niños desnudos que se empujaban entre ellos hasta rodar por el piso, revolcándose sin la más mínima etiqueta.

Dimos una vuelta por la ciudad durante varias horas y vimos todo lo que pudimos: callecitas sinuosas y tortuosas, algunas iglesias diminutas llenas de gente, un parque pequeño o jardín con rosas y árboles tropicales

y entre ellos uno muy parecido a un *Bombax*, con su copa grande y espesa, que fue una de las cosas que más me llamó la atención de la ciudad. Cada indígena llevaba un gallo en los brazos, puesto que la riña de gallos es la diversión popular por excelencia. En una escalera estaba sentado un indígena viejo de cabello gris y largo, que se ocupaba en desplumar su gallo muerto. A su lado estaba el supuesto ganador de la riña, que no tenía ni un rasguño.

En una callejuela que conducía al muelle se veía una larga fila de gallos, todos atados de una pata con una cuerda, manteniendo la distancia entre uno y otro para que no se picotearan. Casi piso uno sin darme cuenta de que el pobre estaba atado. ¿Quién quedó más herido, el gallo o el dueño? Probablemente nunca quedará claro. Por suerte pude alejarme rápidamente, ya que es probable que me haya convertido en el hazmerreir de los nativos por no saber que en México los gallos siempre están atados.

En las afueras de Acapulco, el mar era un espejo y navegamos a todo vapor sin que soplara la menor brisa. Sólo cuando hubimos pasado el golfo de Tehuantepec tuvimos una tormenta significativa y las olas nos sacudieron enormemente. Así acostumbra a soplar el viento, pero casi nunca viene del continente. Una vez pasada la tempestad, que duró más o menos doce horas, el mar se calmó y empezó la parte más agradable del viaje. La mayor parte del día me lo pasé sentado en popa contemplando la costa con sus arbolados acantilados cubiertos de cactus, o mirando más allá de la superficie del agua, donde se pueden ver los miles de animales que allí viven. Además de las manadas y cardúmenes, me llamaron la atención los peces voladores de colores plateados y azules, que saltaban del agua volando y se zambullían nuevamente en el mar. Más adelante estaba el mar, literalmente cubierto de tortugas marinas que se podían contar por miles, dando la impresión de que el océano estaba totalmente cubierto de puntos oscuros, los lomos de las tortugas. La mayoría estaban inmóviles y parecían dormir mecidas suavemente por el barco; la navegación nos llevó contra ellas y el estruendo fue tremendo. También vimos delfines que jugaban con la estela de nuestra nave y grupos de gaviotas que nos seguían para coger al vuelo los desperdicios que arrojábamos. Ese calmo y cálido día fue seguido de una noche aún más calma, sólo interrumpida por el ruido de los motores. Sobre la superficie del mar brillaban miles de lucecitas de colores y pequeñas llamitas de fuegos fosfóricos que iban y venían sobre las puntas de los mástiles. Entre esas cambiantes luces de colores, que a veces podían ser grandes o pequeñas, amarillas, rojas o celestes, se extendían luces como surcos de fuego. El firmamento sobre nosotros estaba muy claro y tranquilo. Casi no se podía diferenciar el cielo del mar. Se veía como una profunda boca oscura, todo era negro y las estrellas reflejadas daban la impresión de encontrarse por sobre y bajo nuestro. A medida que nos

desplazábamos más hacia el sur, este maravilloso espectáculo se repetía noche tras noche.

Con las primeras luces de una hermosa mañana llegamos a la costa de Centroamérica y me puse a buscar, gemelos en mano, las cimas de los volcanes más cercanos al límite de México y Guatemala. Al poco tiempo pude verlos y al amanecer nos acercamos a la playa sobre la que se alzaban sus figuras. En ninguna otra parte de la tierra se puede contemplar un panorama parecido, con volcanes todos alineados de norte a sur, la mayoría escarpados y regulares de altura majestuosa comparados con la baja superficie de la tierra. Muchos de ellos de más de catorce mil pies de altura y ninguno, según creo, de menos de los doce mil.¹

El vapor navegaba muy cerca de la costa, de manera que con los prismáticos se podían divisar los árboles de la playa y sus distintas tonalidades de verde. Desde la costa se alzaba una meseta de tres a cuatro mil pies de altura, sobre la cual se encuentran los volcanes a poca distancia uno del otro y todos más o menos equidistantes del mar. Durante el día hicimos un examen detallado de los volcanes, para deleite de nuestra vista. Al principio desde mar adentro y luego cada vez más cerca, hasta quedar frente a nosotros con toda su inmensidad y belleza. El volcán más septentrional era el Tajumulco. Todos ellos se movían como conos cincelados a medida que avanzábamos. Más tarde vimos el Santa María, con su cono total mente regular; luego, más al sur, el Santa Clara y el San Pedro y el más grandioso de todos, el Atitlán, con sus dos picos, uno de ellos situado más al norte, levemente humeando. Más allá encontramos las cimas de Acatenango y Fuego, este último echando bocanadas de auténtico humo, y con su imponente cumbre piramidal el Volcán de Agua, de unos 13,000 pies de altura, delante del cual se encuentra el siempre vivo Pacaya con sus siete picos. Durante el día examinamos cada uno de los volcanes, sólo cambiando el ángulo de observación a medida que el navío avanzaba. Al anochecer, los patos se lanzaron sobre la playa, a la altura de San José, y el sol se puso detrás nuestro sobre el horizonte despejado y brilló unos momentos como si nos bautizase de un color metálico, mientras que la tierra se cubría de violeta y gris. Todo era un lienzo de colores resaltantes al que se le iba apagando el colorido tan rápido como avanzábamos, y mientras admirábamos su belleza, palidecía.

Desembarcar en San José no fue nada grato. El puerto no existía y el muelle no alcanzaba las aguas profundas. Desde la mañana temprano se

¹ Se refiere al pie sueco, medida de longitud antigua que equivale a 0.2969 metros; el pie inglés equivale a 0.3048 metros (nota del traductor).

descargaron grandes bultos en pesados lanchones, que también nos transportaron a nosotros a tierra. El mar estaba en calma como un espejo, sin embargo, había fuertes olas al llegar a la playa y el lanchón, que era casi cuadrado y plano, se sacudía en el agua de tal manera que no me hubiera sorprendido si no llegáramos a la costa. Con doce remos se hicieron todos los esfuerzos, pero por la falta de espacio a bordo, los pobres pasajeros nos sacudíamos entre los sacos de harina contentos de no recibir uno de éstos en la cabeza, debido a la velocidad del rayo con que nos movíamos. Por último llegamos junto al desembarcadero, alegres de ver gente a unos veinte pies sobre nosotros. El lanchón subía y bajaba entre unos 8 y 10 pies, y a pesar de que estábamos al lado del muelle, era casi imposible subir hasta él. Finalmente, después de un buen rato, bajaron una jaula de hierro en la que nos trepamos y fuimos izados de un solo tirón. Con verdadero placer sentí tierra firme bajo mis pies y vi con lástima como la lancha se sacudía allí abajo. Contento, no me detuve a pensar y hube de pagar más de veinte coronas por el desembarco de mi persona y de mis bultos.

San José de Guatemala no es ni grande ni hermosa como ciudad. Delante del desembarcadero hay un cobertizo, la estación de ferrocarril, y a ambos lados de esta larga construcción están las oficinas y las viviendas del personal de la estación y de los funcionarios de las empresas de transporte y navegación. Entre esas casas y el mar sólo hay una estrecha playa de arena sobre la que se rompen las olas. Detrás de esta visible construcción está la ciudad misma, un conglomerado de cientos de cuchitriles de adobe y caña o sólo de bambú, techados de palma. ¡Pocas veces he visto algo más pobre y miserable! El terreno es bajo, fangoso y los charcos con aguas estancadas se ven por todos lados. Cuando el nivel del mar sube, se unen todos los charcos y el olor es insoportable.

Recorrimos un poco los rincones de la ciudad, mas me alegré de que pronto mis compañeros desistieran. Sólo encontramos mujeres sucias y harapientas, niños desnudos, pálidos y enfermos y perros pulgosos. Basta estar aquí bajo el ardiente sol o a la sombra caliente y húmeda para tener una idea de cómo es esto. Por las calles van y vienen zopilotes negros, grandes y malolientes, tan acostumbrados a la gente que apenas se mueven al pasar cerca de ellos, y muchas veces incluso, quitan el paso. Bajo los cercos y los muros se pasean iguanas y lagartos como si fueran pequeños cocodrilos. Al volver de mi inspección a la ciudad sólo esperaba la partida del tren. Llevaba una carta para el coronel Steward, uno de los más importantes funcionarios del lugar, que me recibió muy cordialmente y me ofreció su ayuda material y espiritual, más tarde me dio vino y naranjas, las que debí proteger del calor. Me contó que llevaba tres años en San José y que jamás había puesto un pie en la ciudad. La consideraba total-

mente insalubre y una sola visita hubiera bastado para enfermar casi mortalmente. La mayor parte de la larga costa pacífica es igual de malsana. La playa es sólo algo más alta que la tierra que queda atrás, la que se llena de lagunas y pantanos de arena que contienen miasmas, agentes febrígenos, y toda clase de pestes. Pero lo mismo que origina los miasmas y las fiebres da lugar a una maravillosa vegetación de la que los nórdicos no pueden ni siquiera soñar. Contrariamente, a medida que se asciende a las montañas, a dos o tres mil pies de altura, la atmósfera se vuelve saludable.

Desde el barco se ve idéntica la selva, un inmenso conjunto verde que crece desde la orilla hasta donde se pierde la vista cerca de la boca de los volcanes. La única línea recta la forma la playa junto a las raíces de la vegetación; el resto son las ondulantes copas de los árboles unidas por las enredaderas. A través de esta selva va el ferrocarril que nos lleva a la montaña y a medida que subimos cambia la vegetación. Durante las tres horas que duró el viaje, quizás las más agradables que haya pasado nunca, el panorama fue cambiando permanentemente. Cada pulgada era una pintura independiente del resto. Llegamos a Escuintla, terminal de bananeras y a medio camino de Guatemala. Había una estación más o menos grande con techos de láminas de zinc, traídas de California. Por supuesto todo era importado. Mi compañero de viaje que ya había estado en Guatemala y por consiguiente ya conocía los usos y costumbres, fue rápidamente a la ciudad en busca de "mozos" cargadores para trasladar nuestras cosas al hotel. Tuve que esperar una hora, dando vueltas alrededor de los baúles hasta que finalmente volvió acompañado de media docena de chiquillos nativos, más niños que hombres. ¡Era casi imposible que pudieran cargar algo!

Aparentemente era el día de fiesta de algún santo, por lo que todo el mundo respondía "hoy no trabajo".² Deben haber imaginado probablemente que las cargas eran bien pesadas ya que charlaron mucho, se fumaron unos cigarrillos, pesaron y dieron vuelta a nuestros bultos por los cuatro costados. Finalmente, un hombre tumbó el cofre y ató un cuero de buey de algunas pulgadas de ancho y un poco más de un pie de largo; luego se sentó en el piso y se colocó de espaldas al baúl con el cuero en la frente y se fue incorporando, primero en sus cuatro extremidades y luego lentamente hasta que pudo caminar. Una vez superado este inconveniente nos dirigimos al hotel, una construcción de "adobe". Afortunadamente, llevaba una carta de recomendación para su dueño. Dicha carta dio sus resultados y gracias a ésta pudimos cenar bastante bien con un buen café y tuvimos luego camas

2 En castellano en el original (nota del traductor).

con sábanas y frazadas que constituían toda una excepción. A la noche hicimos, en compañía de unos "señores" de Escuintla, una visita a la ciudad. En la oscuridad ésta se veía bastante linda con sus callecitas angostas, muros circundantes, casas bajas, iglesias en ruinas o semidestruidas y vastas extensiones abiertas ensombrecidas por frondosos árboles. A un lado de la ciudad corría un arroyo y sobre éste cruzaba un puente alto de piedra desde el cual podíamos ver correr el agua. No percibíamos más que el rumor de ésta corriendo por debajo nuestro y una línea blanca rodeada de oscuros grupos de árboles. La noche era tan clara y cálida que hubiéramos podido dormir a la intemperie sin siquiera cubrirnos. A la mañana siguiente nos despertamos a las tres en punto, pues nuestra diligencia continuaba viaje a Guatemala. Tuvimos que dejar nuestros cofres americanos, considerados como muebles, para ser trasladados en carretas de bueyes a nuestro destino. Esperamos bastante la diligencia puesto que nada se hace de prisa en Hispanoamérica. Finalmente, alrededor de las cinco, llegó el viejo y estrepitoso carruaje, saltando sobre los adoquines de la calle a gran velocidad y muy pronto estábamos ya viajando para Guatemala. Esta queda a 2,500 pies más de altura que Escuintla, por lo que el camino era una cuesta. Pronto comenzó a aclarar, e inmediatamente después de dejar atrás la ciudad, pudimos ver a la izquierda el pico más alto del volcán de Agua, casi escondido por los árboles del camino. En el momento en que los rayos del sol alumbraron el horizonte apareció el volcán iluminado como si tuviera una luz interna. La oscuridad desapareció, hundiéndose lentamente desde la cumbre al mismo tiempo que surgía cual una pirámide de fuego sobre una tela plateada. El sol mismo sobre el horizonte palideció en colores, el rojo volvióse amarillo, el amarillo blanco grisáceo y rápidamente se ensombrecieron todos los abismos, las peñas y los bosques de gris y verde. Al sur y al sudeste se demarcaba detrás y debajo nuestro el valle, una ondeante masa de bosques y más abajo el mar como una serpenteante línea de luz. Si el paisaje era hermoso, el camino era muy desagradable. Estaba compuesto sólo de piedras puntiagudas, había sido recientemente enarenado y las ruedas se hundían en el polvo. Naturalmente, los cinco caballos de tiro seleccionados no podían cinchar más, y los viajeros no sentían placer de bajar y caminar en las peores pendientes. Como la trammilla estaba medio podrida y gastada, la habían atado con bramante. Uno de los dos se desgastó más que el otro y hubo que atarlo con sogas y cuerdas. El joven cochero, un muchacho bonachón con la mitad o quizás más de sangre indígena en sus venas, no se sentaba ni cinco minutos en el mismo lugar: por momentos al pescante, por momentos al lomo del caballo o corriendo a la par, arreando y gritando de una forma inimitable. Pero todo su esfuerzo sirvió de poco porque en la pendiente más difícil nos quedamos atascados. Cerca de allí, afortunadamente, había una cuadrilla de veinte

trabajadores camineros y después de mancomunados esfuerzos pudieron sacar el carro del atolladero.

El paisaje había ido cambiando poco a poco, los árboles tropicales iban siendo reemplazados por robles y la serpenteante selva casi había desaparecido. Pasamos por varias aldeas indígenas de bajas casas de cañas de bambú techadas con hojas de palmera y en la suciedad debajo de los naranjos y limoneros jugaban desnudos los morenos chicuelos. En todas partes se veía cierta cantidad de gente de pie esperando debajo de las palmas de los techos que caían hasta el suelo delante de las cabañas. Nos enteramos que el presidente de la República, el general Rufino Barrios, se dirigía a Escuintla para acompañar a su mujer al vapor con destino a California y a Europa. La "señora" mencionada, que era la mujer más hermosa de Guatemala y verdaderamente, como yo mismo lo pude comprobar, la única bella, montaba su caballo blanco. A su lado cabalgaba el general, un caballero gordo ya entrado en años, de barba gris y cara de bribón.

Nos tomó todo el día llegar a Guatemala. A la tarde dejamos atrás las pendientes y llegamos a una meseta alta casi desierta de árboles, atravesada por profundas barrancas y cuyos escarpados caminos estaban bordeados de árboles y arbustos de todo tipo. Entre estos últimos crecía, en los lugares más escarpados y secos, un arbusto de grandes hojas ovaladas y largos corimbos de flores celestes. Una de las plantas más lindas que yo jamás haya visto. Se llama *Vigandia imperialis*. Yo tenía una de éstas en mi jardín de California pero jamás dio flores, y ahora que la he visto en flor, salté del coche para cortar unos tallos, pero lamentablemente cayeron casi todas las flores y la rama llena de pequeñas espinas me lastimó la mano.

Al ponerse el sol atravesamos las puertas de la ciudad de Guatemala. Delante nuestro se extendía una calle larga e irregular bordeada de algunas casitas bajas. Se veía por todas partes indígenas, soldados, sirvientes y trabajadores y por todos lados había carretas de dos ruedas tiradas por bueyes flacos y famélicos con sus cabezas colgando hacia la tierra. La noche fue oscura y fría y cansado del traqueteo y del polvo del camino estaba feliz de poder descansar.

La fama que Guatemala posee de ser una ciudad grande, animada y hermosa es totalmente innmerecida. Ser renombrada en Centroamérica no quiere decir demasiado y el honor de ser hermosa no se lo puedo reconocer. Me contaron de una pequeña loma, el cerro del Carmen, a un lado de la ciudad, desde el cual se tiene una preciosa vista de ésta y sus alrededores. Allí fui y afortunadamente no me decepcioné. A unos cientos de pies de altura hay una iglesia vieja semidestruida con su convento. Se dice que es la más antigua de Guatemala y el cerro mismo el primer lugar poblado del valle. Los primeros habitantes no habían hecho una mala elección. En uno de los

costados está Guatemala, un conglomerado de techos y muros en donde se destacan los campanarios de las iglesias y conventos. Por un lado y otro sobresalen grupos de árboles y verdes jardines. Detrás de la ciudad y todo a nuestro alrededor se extiende el "valle de las vacas", un gran valle sin árboles de más o menos cinco millas suecas de ancho y que se encuentra rodeado de altas montañas. Al sur y al este, éstas alcanzan los dos mil pies, al sudeste se ven varios picos del imponente volcán Pacaya. Al norte se alza orgullosamente el volcán de Agua y más allá se ven los volcanes Acatenango y Fuego, este último con sus cimas permanentemente humeando.³ Al este baja la llanura en pequeños valles y barrancas hacia el valle fluvial del río Grande o Motagua y a lo lejos, donde la vista se pierde, están las despobladas montañas de Sierra de las Minas.

La plaza más conocida de la ciudad se llama Plaza de Armas y es un gran tablero con tres de sus lados ocupados por una columnata baja. En el otro está la catedral y a ambos lados de ésta hay casas bajas que fueron antiguamente ocupadas por la curia y los obispos. La catedral en sí está construida en estilo jesuítico, como todas las otras iglesias del país, y muestra hacia la plaza una hermosa, aunque pesada, fachada y un bello campanario no demasiado alto. En el centro de la plaza se yergue una enorme y maciza fuente sobre un pedestal en el que en cada esquina se levanta un caballo rígido que lanza agua por la nariz, y en el centro otro enorme caballo de piedra sobre el cual hasta hace un tiempo atrás estaba la estatua de un regente español.⁴ Todo esto dista del verdadero arte guatemalteco.

Por las tardes toca la banda militar en la plaza dándole un colorido especial. Por los portales, sobre los pisos de piedra, en largas filas tapados con sus "ponchos", o en pequeños grupos alrededor del fuego, duermen los indígenas; allí cocinan sus sopas o tortillas para la cena. Las calles de Guatemala son rectas y angostas, feamente adoquinadas o empedradas de forma que en el centro son más profundas, dando la impresión de ser grandes cunetas. Cuando hay una tormenta, se llenan de agua como arroyos y se hacen imposibles de transitar. Pero a la media hora de dejar de llover ya están secas y limpias y vuelven a llenarse de gente. Las casas bajas, de solamente un piso, son de ladrillos pintados de amarillo, azul o blanco, las ventanas están protegidas de rejas de hierro o madera contra ladrones y la artesanía de esas rejas es una de las más rentables y buscadas de la ciudad. Cada tanto se rompe la uniformidad con espacios descampados, a veces arbolados pero en general cubiertos de yuyos tropicales y

3 Se equivocó el autor; estos volcanes están al oeste, o sur-oeste, de la ciudad de Guatemala (nota del editor).

4 Se refiere a Carlos V de España (nota del traductor).

que son depósito de desperdicios y basuras que allí tiran los vecinos. Me contaron que esos lugares alguna vez fueron ordenados jardines pero que los ricos de la ciudad, que tienen derecho a cometer hurtos, se apropiaron de las plantas, plántones y brotes hasta que toda la construcción fue destruida.

De día las calles están llenas de artesanos, "criadas", trabajadores y mozos, sin olvidar la gran cantidad de indígenas que llegan a la capital de todos los rincones del país a vender sus productos, sombreros y cántaros de barro. Sin esta corriente de provincianos Guatemala habría muerto, porque los más distinguidos habitantes no se ven por las calles antes de las cuatro de la tarde. Los comerciantes, extranjeros en su mayoría, deploran sin cesar que las compras casi nunca las hacen las damas mismas, sino que constantemente se las confían a sus criados. Yo también me vi defraudado pues imaginé que en Guatemala se reproduciría la vida popular de los mexicanos, con "caballeros" con trajes soberbios y señoras con mantillas y peinetones. Los indígenas, sin embargo, ofrecen al extranjero un espectáculo más animado. Se les ve aparecer por la tarde por todos los costados de la ciudad con sus espaldas cargadas de bultos cubiertos por una red. Esos fardos van llenos de verduras y cebollas, también llevan vasijas de barro atadas por fuera de la red en tal cantidad que la cubren totalmente. Los hombres caminan adelante y las mujeres los siguen, a menudo cargando sus bultos en la cabeza y con algún niño colgando de sus espaldas en un lienzo que llevan atado al pecho. Sus singulares trajes son hermosos. Las mujeres llevan una tela corta y multicolor a modo de falda y una blusa de mangas cortas. Los hombres llevan pantalones a la rodilla, habitualmente desflecados a los lados y una camisa de mangas cortas de muchos colores. Sobre la cabeza acostumbran llevar un pañuelo de hermosos colores atado a la nuca y sobre éste unos sombreros de paja que ellos mismos elaboran. Los naturales de las distintas regiones y pueblos usan trajes de diferentes colores para distinguirse.

El clima de Guatemala, que para un extranjero al comienzo parece encantador, es poco saludable. Sin padecer de una enfermedad particular siente uno sueño y cansancio, siendo aquejado por un amodorramiento que parece inexplicable. Apenas hube llegado sentí deseos de visitar los majestuosos volcanes y las costas, los parajes de la alta montaña tropical. La naturaleza de los alrededores de la capital no tiene nada que ver con el trópico, porque la altiplanicie sin árboles está expuesta a los vientos que son constantes en el verano (de noviembre a abril); al pasar por la planicie dificultan el crecimiento de las plantas tropicales. El tiempo de las lluvias es entre abril y octubre, pero las precipitaciones son muy abundantes y la temperatura es baja, lo que aumenta las dificultades para la flora. Muchos árboles caen aún con sus hojas. Con razón esta época es

llamada invierno, en el caso de que se quiera hablar aquí de invierno y verano. Lo correcto sería hablar de dos estaciones, una húmeda y otra seca, porque la temperatura en ambos casos es casi idéntica.

Me decidí a dejar la capital para explorar parcialmente el resto del país, pero aún no estaba decidido de qué forma se emprendería el viaje. Después de muchas consultas me decidí finalmente a llevar pocos bultos, cargar lo más que pudiera sobre mis espaldas y llevar lo más pesado a lomo de mula o en carro. Pero aún así era necesario llevar una buena carga como mantas, hamacas, planos, mapas y algunos libros además de las botellas con alcohol para la colección de objetos de la naturaleza. Hube de conseguir cargadores, lo que en esta país no es fácil, y sin la ayuda de éstos hubiera sido muy penoso. La mayor dificultad era aquélla. Se aseguraba que me sería imposible conseguir gente honrada. Estaba casi convencido que cualquiera en quien confiara me robaría a la primera oportunidad, al tiempo que escaparía dejándome solo en la estancada. Afortunadamente vino en mi ayuda uno de los más respetados hombres de Guatemala, el señor Guillermo Rodríguez, y me prestó un mozo que trabajaba en una de sus propiedades. Era de esperar que él, que tenía su "milpa" con el maíz recién plantado, no correría el riesgo de ser desleal, sino por el contrario sería de tanta confianza como un perro atado, siempre y cuando la cadena se sostuviera.

Una hermosa mañana compramos con el señor Antonio Castellano (así se llamaba el mozo) los billetes para la diligencia. Antigua es la pretérita capital del país, que fuera destruida hace unos cien años por un terremoto, por lo que se hubo de mudar el gobierno a un lugar más calmo, donde actualmente está situada Guatemala.

Desde la capital, la Antigua queda a unas cinco millas y media más cerca de la costa.⁵ Está emplazada sobre una colina rodeada de volcanes. La ciudad misma es una masa interminable más o menos firme de ruinas de iglesias, conventos y viviendas. Es realmente asombroso cómo esas grandes construcciones pudieron haberse movido de la tierra. Una gran parte de ella está habitada por indígenas pobres cuya civilización fuera recientemente destruida. Las angostas y serpenteadas calles son seriamente presionadas por los edificios y se pueden recorrer por horas y siempre encontrar nuevos motivos de admiración. La iglesia más hermosa es la de San Francisco, acompañada de varios edificios del convento, sus patios, jardines y espacios abiertos rodeados de arcadas bien conservadas con columnas de piedra cincelada. Desde el techo de los conventos puede obtenerse una

⁵ Una milla sueca (antigua) equivale a 10,689 metros; la milla inglesa equivale a 1,609.344 metros (nota del traductor).

maravillosa vista de la ciudad y del imponente volcán de Agua, que brillante y escarpado se recorta contra el cielo. En el centro de la ciudad se encuentra como es común la plaza, rodeada de los restos de los que en otra época fueron la catedral, el edificio de gobierno y otros edificios públicos. Una parte de éstos aún hoy están ocupados por las respectivas reparticiones.

Al atardecer los volcanes se cubrieron por pesados nubarrones que no presagiaban buen tiempo para la mañana siguiente. Mi mozo, quien toda la mañana estuvo a la búsqueda de un "cargador" pues yo llevaba demasiadas cosas, volvió seguido de un muchacho realmente bonachón, al que después de mucho hablar y regatear alquilé por cuatro reales al día. La comida corría por su cuenta porque yo ya tenía experiencia con los chinos de California. Sabía que si ellos mismos se proveían de alimentos esto costaría siete dólares y medio al mes, mas si la comida la paga el patrón comen a reventar ocasionándole la bancarrota. Aquí un mozo puede vivir cómodo por quince centavos al día en caso de que él mismo se pague el alimento, pero ¿cuánto podría comer si la comida fuera gratis? No puedo ni siquiera llegar a imaginarlo.

La mañana siguiente tenía que comenzar con una escalada al volcán de Agua, por lo menos un buen trecho, aunque no llegáramos a la cima. Si bien el volcán queda, por así decirlo, pegado a la ciudad de la Antigua, es mejor elegir un punto de partida más alto. El ascenso lo comenzamos entonces en Santa María, un pueblo indígena emplazado en una meseta entre la montaña y el volcán mismo a varios miles de pies de la Antigua. El pueblo está compuesto solamente de chozas indígenas hechas de cañas de bambú y techadas de palmas. Está correctamente dividido en manzanas con calles angostas y cada casa con su terreno cercado de bambú. Las ruinas bien conservadas de dos pequeñas iglesias hablan de un pasado de prosperidad. En la parte más alta del pueblo y pegado a la iglesia está "el cabildo". Este juega un papel muy importante en todas las ciudades y pueblos y por ello merece una descripción especial. El cabildo está en el centro del pueblo junto a la plaza y sus dimensiones dependen de la riqueza y tamaño del pueblo. Como todas las otras cosas tiene delante una recoba que ocupa todo el frente. En el medio hay un espacio descubierto, la sala del consejo, y a ambos lados unos pequeños cuartos con puerta de reja, la cárcel para hombres y para mujeres. A veces hay una o dos habitaciones más para la escuela de niños y niñas. Los cabildos de los pueblos más ricos tienen puertas, los de los más pobres están abiertos. El personaje más importante del cabildo es el alcalde, siempre un indígena a menudo emparentado con las autoridades de los tiempos de Cortez y Alvarado. El alcalde juzga, según he entendido, de acuerdo a su conciencia y a un viejo precepto, pero como habitualmente no saben leer ni escribir tienen a su lado un

"secretario" mestizo. Por debajo de esta personalidad está "la justicia", compuesta generalmente por ocho o diez indígenas que son los que deben cuidar el orden en el pueblo, y conducir los culpables a los ojos del magistrado para juzgarlos y castigarlos. La insignia del alcalde es un bastón con mango de plata y una borla, mientras que los miembros de la justicia deben conformarse con bastones blancos, comunes, con algunos adornos tallados. A veces utilizan también látigos. Camino a Santa María me crucé con gran parte de la población del pueblo que se dirigía a la Antigua cargando leña, carbón, maíz, papas y otros productos en redes que les colgaban de la frente sobre las espaldas. Por ese motivo Santa María estaba casi vacía, silenciosa y calma y comprobé que era un lugar muy agradable. El único que quedaba en el pueblo era el alcalde que tenía un pie delicado. Este se ofreció con agrado a cuidar de nuestras cosas, pero lo consideré innecesario ya que allí no había nadie que las pudiera robar.

El volcán, que desde Santa María se eleva erecto hasta la cima, se veía desde allí de tres franjas de colores diferentes. La cima hasta más o menos la tercera parte era de un gris desnudo y sin bosque, más abajo un cinturón de bosque más oscuro, algo irregular, subiendo y bajando en forma de zig zag; la parte más baja de color verde claro está ocupada por terrenos cultivados de maíz y papas.

Como por la mañana no tenía nada que hacer, subí hasta el bosque para observar el paisaje. El camino hasta allí estaba quemado y en algunas partes la tierra era floja, de tal manera que uno se hundía o se resbalaba. El bosque no comienza poco a poco, sino de golpe como una frontera de inmensos árboles de múltiples especies. Las altas copas de los árboles, de un mismo verde y formas extrañas, dejan filtrarse algunos rayos de sol entre sus ramas. De la base de los troncos trepan enredaderas hasta lo alto del follaje, dando hojas y flores y dejando caer suaves lianas que se balancean con el viento. La más hermosa de todas ellas es la granadina silvestre, una de las especies de la familia de las pasiflóreas,⁶ cuyas flores peculiares y frutos grandes y amarillos se pueden ver en lo alto entre el follaje. También entre las ramas más altas crece una clase de cactus cuyos largos tallos cuelgan cual gruesas sogas desde el follaje y a menudo se extienden sobre el terreno. Esas cuerdas de cientos de pies de largo estaban cubiertas de flores rojas, blancas y alargadas que crecían enmarañadas. En la parte inferior de los troncos crecían otras hierbas y pequeños arbustos; entre ellos unos de largas flores rojas que se veían magníficas. En la tierra había plantas de bambú con largas cañas amari-

6 Se refiere a la pasionaria (nota del traductor).

llas y racimos de hojas puntiagudas y en los lugares más sombríos crecían *Malastomas* de hojas grandísimas y hermosas nervaduras. Hay también pequeñas enredaderas que no pasan desapercibidas, especialmente la *Bomarea*,⁷ de grandes racimos de flores amarillas y rojas que dan un toque de color a esa infinidad de verdes. Hacia la noche volví a Santa María, colgué mi hamaca de los postes del cabildo y me preparé a gozar de un bien merecido descanso. Pero mis ilusiones se vinieron abajo. Apenas me había relajado cuando el apacible y pacífico pueblo empezó a tomar otro aspecto. Me había olvidado de que estábamos a principios de la Semana Santa, pero en ese momento pudo recordarlo aunque no de modo muy agradable. La gente del pueblo volvía desde la Antigua y el carbón y la leña se habían transformado en aguardiente. Había que festejar el feriado. "La justicia", representada por diez indígenas vestidos con ponchos y largas capas, iban y venían de arriba hacia abajo por las calles golpeando con todas sus fuerzas un gran tambor, al tiempo que daban voces y gritaban todo lo que podían. Al principio creí que estaban llamando a rezar la oración de la noche o algo parecido, pero luego me enteré que sólo estaban advirtiendo al pueblo "que no se emborracharan". Tampoco tardaron mucho en volver con los primeros indígenas borrachos, que fueron encerrados en el cuarto que daba al lado de mi hamaca. Primero dos y luego otros dos y así hasta completar la docena de arrestados. En la habitación del frente hicieron lo mismo con una docena o más de hombres, todos ebrios y gritando palabrotas. A cada uno que encerraban, lo acompañaba toda la justicia hasta la puerta y como mi hamaca estaba en el paso estuve expuesto continuamente a golpes y empujones de todos los que pasaban. Tengo que reconocer que nadie se fijó en mí, y nadie me quiso molestar de ninguna manera. Al principio me divertía la función, los indígenas semidesnudos con sus ponchos desflecados y sus manos llagadas por las espinas de la leña, gritando y armando alboroto, era algo especial, fantástico.

Apenas pude pegar los ojos en toda la noche; si me adormecía me despertaba a los quince minutos con el mismo alboroto. Después de esa nochecita nos levantamos a las siete de la mañana. Era necesario llevar agua porque en el volcán no había. Además había que llevar alimentos, mantas y algunas otras cosas pequeñas como un arma, prismáticos, etcétera.

Teníamos que escalar unos 7,000 pies. El volcán de Agua se dice que está a unos catorce mil pies y solamente a doce mil pies de altura si se toma el camino del centro, pero si decimos que tiene 13,000 pies nos apro-

7 El género *Bomarea* es la salsilla, llamada así por J. C. Valmont Bomare (1731-1807), naturalista francés (nota del traductor).

ximamos más a la verdad.⁸ La ascensión se hizo penosa. El camino es empinado en extremo y el terreno suelto, flojo y arenoso, pero no hay muchos bloques de lava como esperaba. En dos horas de marcha nos encontramos en el linde del bosque y en otras dos horas en el punto más alto de un bosque de fronda. Este había cambiado notablemente y era impenetrable, pudiéndose apenas ver unos pasos hacia adelante. Cada rama y cada raíz estaba cubierta de espesos musgos verdes entre los cuales crecían helechos de toda clase. *Salvias* con grandes y largos corimbos de flores rojoamarillentas crecían tan grandes como los arbustos que los rodeaban que estaban canteados por begonias y otras muchas especies de hojas grandes, verdes, brillantes y hermosos racimos de flores rojo pálido y blanco.⁹ Entre los árboles se distinguen unos muy parecidos a los laureles de hojas pequeñas y aromáticas y frutos de la apariencia de la nuez. No es posible olvidar los espléndidos árboles-mano, a los que por mucho tiempo se consideraban extintos hasta que se encontraron dos ejemplares en alguna parte de México.¹⁰ El árbol en cuestión tiene hojas grandes en forma de mano, las que por un lado son blanquecinas y alcanza una altura de 150 pies o más. Las flores, de color marrón-rojizo, se ubican juntas formando una pequeña mano extendida de varias pulgadas de largo. Esas "manos" caen fácilmente y el suelo bajo el árbol se encuentra sembrado de ellas, de ahí su nombre.

La subida era finalmente tan escarpada y las raíces tantas que prácticamente se trepaba como sobre los peldaños de una escalera. Tan de repente como había comenzado el bosque así terminó. De ahí en adelante continuaba un trecho cubierto de altos yugos que formaban verdaderos matorrales y cada tanto había pinos de hojas largas y coronas ralas. El terreno estaba tan resbaladizo por las hojas caídas que sólo con mucha dificultad se podía caminar. Durante el invierno la lluvia había excavado el camino en muchos lugares, hasta parecer éste un profundo surco. Cuanto más arriba llegábamos, más escarpado era, y apenas podíamos dar algunos pasos sin detenernos a descansar. De pronto estuvimos en un abismo con paredes recortadas entre las cuales por momentos debíamos trepar.

En los lugares menos empinados crece un hermosísimo helecho de tronco

8 De acuerdo a la medición efectuada por los viajeros franceses A. Dollfus y E. de Mont-Serrat (1865-1866), Agua llega a tener 3,753 metros sobre el nivel del mar, o sea 12,640 pies suecos (nota del traductor).

9 La salvia es una planta labiada aromática, con propiedades estomacales. Las begonias son plantas perennes de flores rosadas sin corola, las cuales llevan el género en honor a M. Begon, botánico gobernador de Santo Domingo, muerto en 1710 (nota del traductor).

10 *Cheirostemon platanoides* o *palmata* (nota del traductor).

de varios pies de altura y una corona de hojas formada por un cucurucho regularmente esparcido, seguramente alguna variedad de *Aspidium*.¹¹ Del alto matorral salió corriendo un ciervo, pero se perdió de vista antes de que pudiera empuñar mi arma que tenía colgada en la espalda. En cuanto me detenía sentía el frío y no era extraño ya que el terreno se encontraba helado sólo algunas pulgadas debajo de la superficie. En muchos lugares se veían grandes huecos en el terreno, seguramente hechos por los ciervos para poder lamer el hielo, que es la única fuente de agua que existe en los volcanes. Esta falta de agua se explica por la naturaleza volcánica del terreno que es tan poroso que el agua fácilmente se filtra hacia la profundidad. Después de una lluvia torrencial, ésta desaparece en pocos minutos sin dar origen a manantiales o largos ríos. El cráter de varios pies de altura tiene a un lado una gran abertura como si un gran pedazo hubiera sido desgastado y arrastrado consigo tierra y bosque, así dicen que ocurrió. En el tiempo en que la capital de Guatemala, Ciudad Vieja, se encontraba al pie del volcán de Agua, el cráter estaba completo y sin abertura. Pero durante una violenta lluvia torrencial se llenó con agua y la presión sobre las paredes fue demasiado grande y en un momento se dobló un gran pedazo y a través de la abertura cayó un torrente de agua arrastrando consigo todo. Una parte alcanzó la capital, dejándola totalmente destruida. A esta abertura en el cráter nos conducían nuestros pasos y después de cinco horas de caminata nos dejamos caer extenuados en ella.

El día no era particularmente propicio, ya que grandes nubarrones rondaban los profundos abismos escondiendo cada tanto el paisaje. Tuvimos por lo tanto tiempo suficiente para descansar, encender fuego, lo que nos costó bastante trabajo, y cocinar nuestra comida. Las nubes seguían bajando cada vez más y pronto estuvimos totalmente envueltos en niebla. El comandante de Antigua había construido en la base del cráter una casa pequeña de pasto y ramas y en ella nos aprontamos a pasar la noche. Mas hacia la noche comenzó a aclarar y entonces salí a observar la vegetación del cráter. Era bastante escasa pero había una cantidad de plantas secas, lo que me pareció sospechoso, ya que durante la época de las lluvias la vegetación es bastante mejor. Las únicas plantas verdes eran los bajos arándanos (*Arbutus*) y algunos *Lupines*. Pequeños helechos crecían en las grietas y el bloque de lava a un lado del cráter estaba totalmente cubierto de líquenes y musgo y, en las grietas más protegidas, colgaban algunos pequeños pinos. La noche fue fría y solamente aprovechamos para dormir un poco. Si no hubiera existido la cabaña ni siquiera hubiéramos podido dor-

11 Familia numerosa de helechos como el *Dryopteris*, el *Polystichum*, la *Tectaria* y la *Phanerophlebia* (nota del traductor).

mir, pero a una altura de doce a trece mil pies sobre el nivel del mar, no podíamos esperar ninguna otra cosa. Los nubarrones se agitaban sobre nosotros de un lado a otro, pero hacia la mañana se dispersaron y entonces comenzó a ponerse verdaderamente frío. Desde muy temprano, desde antes del alba, estábamos levantados. La aurora no es conocida en el trópico pero su riqueza de colores es reemplazada por los colores del mismo paisaje.

Cuando comenzó a aclarar ya estaba arriba del cráter más alto para poder ver la salida del sol y el paisaje, posiblemente uno de los más extensos y variados del mundo. El cielo aclaró rápidamente; bajo nosotros se veían las montañas, los valles y los campos como una sola masa gris confusa; al sur se destacaba dibujada contra el cielo la punta del Pacaya y al norte nuevamente las cumbres de Acatenango y Fuego.¹² Al sur y al este comenzó el mar a dibujarse con claros colores y al sudoeste aparecieron líneas oscuras, agudas y dentadas contra el horizonte. La luz del día aumentó antes de que yo alcanzara a escribir, palidieron las oscuras sombras, las cumbres de las montañas bajo nosotros aclararon, algunas pequeñas nubes tonalizaron sus cantos de color rojizo y hacia el sudeste subió al cielo un punto brillante, el recién encendido sol ascendió detrás de los volcanes de El Salvador. Al primer rayo de sol se tiñó el volcán -en cuya cumbre yo me encontraba- de un rosa rojizo sin la menor sombra. Me volvía hacia el norte y los volcanes antes oscuros estaban ahora enrojecidos, hacia la cima más claros y hacia la base más oscuros, mientras que detrás todavía había como un muro gris pálido, opaco y sin nubes. Cuando el disco solar se elevó sobre el horizonte, el espléndido colorido había desaparecido y la naturaleza se veía vestida con su traje diario y menos pomposo.

Casi toda Guatemala se extendía ante nosotros como una sola planicie. Antigua y la capital Guatemala aparecían como un montón de pequeños puntos blancos al mismo pie del volcán. Con ayuda de los prismáticos pude contar cuarenta pueblos y ciudades con sus blancas y brillantes iglesias y algunos con más de dos o tres de éstas. Donde el sol se había alzado se veía ahora una cadena de montañas detrás de otra, los picos más cercanos dibujados, los más alejados como cubiertos de grises nubes. De esa cadena de montañas se alzaban las cumbres altas de los volcanes en El Salvador y claramente pude distinguir el Santa Ana o Güija, el Izalco o Zapaneca apretados contra el mar y a lo lejos, hacia el este, el Santa Catarina y el volcán de Ipala con sus múltiples picos. Hacia el este limitando el campo visual se encontraban las cadenas montañosas de la costa atlántica y

12 En realidad, el volcán Pacaya se queda al este; Acatenango y Fuego están al oeste (nota del editor).

a lo lejos, hacia el norte, las montañas de Salamá o Cobán. Apiñados alrededor nuestro y también al norte se extendían los otros volcanes de Guatemala. A lo largo del horizonte, hacia el oeste, se veía la superficie brillante e infinita del Pacífico y encima nuestro un cielo descolorido.¹³

Durante una hora gocé del maravilloso paisaje olvidado, con el placer de lo que veía, las dificultades del ascenso, el frío de la noche, el hambre y el cansancio. De repente comenzaron pequeñas nubes a juntarse alrededor de las altas montañas ocultando rápidamente las cumbres de los volcanes y antes de que estuviéramos listos para descender nos vimos envueltos en nubes.

El descenso fue bastante más fácil que el ascenso, luego de una travesía de tres horas estábamos nuevamente en Santa María en dirección a Dueñas, un pequeño poblado a mitad de camino entre los volcanes Acatenango y Agua, donde fui hospedado por el señor Guillermo Wild, de origen inglés pero nacido en Guatemala, y propietario de una plantación de café.

(continuará)

¹³ Desde este punto, los volcanes se ven al oeste y el Pacífico al sur (nota del editor).